

Martine Poulain

Socióloga y bibliotecaria



Martine Poulain es conservadora general de bibliotecas y directora, en la Universidad Paris X, de Médiadix (Centro Regional de Formación en las Carreras Bibliotecarias). En el pasado fue jefa de redacción del *Bulletin des Bibliothèques de France*, la principal revista francesa sobre biblioteconomía, y jefa del Servicio de Estudios y de Investigación de la Biblioteca Pública de Información del Centro Georges Pompidou.

Socióloga, ha publicado numerosas obras y artículos sobre sociología de la lectura y de los públicos de las bibliotecas, la historia de las bibliotecas y la historia de la censura. Entre sus contribuciones recientes figuran: "La censure du livre", en *L'Édition française depuis 1945* (Cercle de la Librairie, 1998) y la coordinación de las obras *Pour une*

sociologie de la lecture: lectures et lecteurs dans la France contemporaine (Cercle de la Librairie, 1988), *Histoire des bibliothèques françaises 1914-1990* (Cercle de la Librairie-Promodis, 1992), *Les Bibliothèques publiques en Europe* (Cercle de la Librairie, 1992) y *Lire en France aujourd'hui* (Cercle de la Librairie, 1993). En colaboración con Jean-Francois Barbier-Bouvet publicó *Publics à l'oeuvre: pratiques culturelles à la Bibliothèque Publique d'Information* (La Documentation française, 1985). Asimismo dirige la colección "Bibliothèques" de la editorial Cercle de la Librairie.

Profesora, responsable científica de numerosos coloquios, comisaria de la exposición *Censures* en el Centro Pompidou (1989), ha sido también presidenta de la Mesa Redonda Investigaciones sobre la Lectura de IFLA y después secretaria de la Mesa Redonda Historia de las Bibliotecas.

Hace exactamente siete años (nº 41, noviembre 1993) publicamos una entrevista con Martine Poulain. Hoy, con motivo del ciclo de conferencias impartidas por Poulain en la Red de Animación a la Lectura de México, recurrimos a sus conocimientos y experiencia para conocer mejor la evolución de las bibliotecas francesas en los años 90 y los debates que se plantean en la profesión bibliotecaria.

Si los años 80 fueron los de la edad de oro para las bibliotecas públicas francesas, ¿cuál es su opinión sobre los años 90 en este ámbito, años de transformaciones sociales y económicas: el intento de que se paguen los préstamos de libros en las bibliotecas públicas, una evolución del perfil del bibliotecario hacia la gestión...?

Se puede trazar un panorama a partir de distintos ángulos. Por el lado de las bibliotecas públicas podríamos decir que su desarrollo ha continuado. Tenemos mucha suerte porque la paradoja es que en todos los países se ve un fuerte retorno del liberalismo. Pero, al mismo tiempo, es una de las paradojas del desarrollo de las bibliotecas públicas en Francia, en un momento de crisis que ha terminado por desarrollarse, a partir de, más o menos, 1975. La historia de la cultura no sigue siempre exactamente la historia económica, ya que estábamos en un momento de plena recesión, crecimiento del desempleo... Es en estos últimos 20 años que las bibliotecas públicas, y desde finales de los ochenta las bibliotecas universitarias, se han beneficiado de incrementos económicos. Podríamos decir que realmente el desarrollo

de las bibliotecas públicas en los años ochenta ha continuado en los noventa. Esto no quiere decir que aquí y allá no haya habido problemas. Ha habido municipios que han tenido problemas financieros y que forzosamente han repercutido en sus instituciones culturales. Incluso hay algunos municipios donde ha habido una disminución en los recursos de adquisición. Pero, en conjunto, no podemos decir que haya habido un cambio de tendencia, un reflujo. Seguimos, y esperemos que así se mantenga, en una época de expansión.

Es verdad que ha habido reflexiones sobre el desarrollo bibliotecario. Se ha continuado con la construcción de grandes y hermosas mediatecas, pero al mismo tiempo, sobre todo por el impulso de los propios bibliotecarios, se ha empujado a los representantes municipales a reflexionar sobre el interés y también los límites de la gran biblioteca en el centro de las ciudades, y a pensar en el desarrollo de las bibliotecas de los barrios y de la lectura. Yo creo que la construcción de las grandes mediatecas ha sido un gesto importante, ya que nos pudimos dar cuenta que —mientras que en los años setenta se

PUBLICIDAD

hizo la apuesta por la banalización de la biblioteca (bibliotecas en los mercados, etcétera)– una gran y hermosa biblioteca con un espacio agradable, acogedor, de entrada libre, tenía un poder de atracción sobre la población. Además estas grandes bibliotecas no siempre se han ubicado en el centro de la ciudad, sino que en Burdeos, Orleans y otras ciudades, se eligió situarlas en barrios no céntricos para revitalizarlos y han conseguido atraer a grandes partes de la población. Al mismo tiempo ha habido todo ese movimiento en torno a la cuestión de los suburbios, de la mediación del libro, de los grupos de población que están muy alejados del libro... y eso implica una política de oferta de bibliotecas en los barrios. Antes se las denominaba anexas, pero ya no se las quiere nombrar así, sino la biblioteca de tal o cual barrio que funciona en red. Además existe actualmente la tendencia, por ejemplo en Valence, de especializar a estas bibliotecas de barrio aun manteniendo un fondo enciclopédico, pues son bibliotecas próximas a gran número de estudiantes, personas jubiladas... Pero lo que se intenta es desarrollar, por ejemplo, un fondo científico en una, un fondo artístico en otra, para las personas con discapacidad visual en otra...

“La biblioteca pública francesa sigue en una edad de oro tras muchos años de abandono”

A grandes rasgos yo diría que la biblioteca pública francesa sigue en una edad de oro tras muchos años de abandono. Estamos contentos, la frecuentación se ha multiplicado, también los préstamos –tanto de impresos como de audiovisuales– han tenido un crecimiento explosivo y el número de usuarios que consultan los documentos en la misma biblioteca ha aumentado mucho. Las bibliotecas francesas han entrado en la madurez aunque, insisto, todavía quedan lagunas en muchas zonas. Sigue habiendo necesidades enormes, y hay que relativizar este desarrollo de las bibliotecas francesas. Al igual que en España, existe un desequilibrio bibliotecario entre diferentes regiones, especialmente en las rurales.

En este sentido, ¿cuál es la situación de la biblioteca pública en zonas rurales?

Muchos bibliotecarios están inquietos por la desertificación del campo y la consiguiente desaparición de los servicios públicos. El crecimiento de los polos urbanos plantea también problemas por el abandono de los pueblitos. Pero en este sentido hay que señalar la gran evolución de las Bibliotecas Departamentales que comenzó en los años ochenta y que continúa. Estas bibliotecas, con el nombre de Bibliotecas Centrales de Préstamo, dependían hasta 1985, que es cuando se inicia la descentralización en Francia, del Estado y eran las responsables de la lectura pública en el medio rural. Ahora, como indica su nombre, dependen del departamento o provincia. Son las encargadas de organizar la oferta de lectura pública en los municipios de menos de 10.000 habitantes. Se han beneficiado mucho de la descentralización, en general tienen mucho más dinero y como Francia, al igual que los otros países, evoluciona, las zonas rurales ya no se parecen a lo que eran en los años cincuenta. Por ejemplo, el sistema de bibliobús ha mostrado sus limitaciones. Ahora las bibliotecas departamentales tienen de hecho una función de irrigación de una red y, aunque todavía siguen utilizando el bibliobús, sobre todo crean pequeñas bibliotecas. Estas redes de pequeñas bibliotecas han progresado mucho en estos últimos quince años.

En el paisaje de las bibliotecas francesas hay que señalar el desarrollo de las bibliotecas universitarias que se han aprovechado más tarde de esta renovación y desde finales de los años ochenta han reorganizado su manera de funcionar. En este momento tienen un vínculo más próximo con su universidad. Se ha creado el Servicio Común de Documentación, por el que la biblioteca de la universidad se encarga también de federar en todos los campus todas las pequeñas bibliotecas existentes en los departamentos, laboratorios, etcétera, e intentan trabajar en red. Cada una de esas pequeñas bibliotecas sigue existiendo, pues quierase o no, muchos profesores y estudiantes desean tener una biblioteca próxima. Además, los presupuestos para adquisición se han multiplicado por cinco, lo que todavía es

insuficiente dada la masificación de los estudiantes y el gran aumento del coste de las publicaciones científicas.

“La exigencia de management y evaluación, en la Inglaterra de los años 80, tenía un objetivo oculto que era restringir los fondos públicos para los establecimientos culturales. En cambio, yo no diría que en Francia sea una máscara para reducir el gasto público de una manera negativa”

En este panorama de las bibliotecas francesas que acaba de describirnos ha habido la incursión de otros factores que quizás antes no hubieran podido ni plantearse, como es el caso del pago por cada libro tomado en préstamo en una biblioteca pública (1).

Los valores de la sociedad han cambiado. La cuestión del derecho de préstamo es ejemplo de la evolución de las mentalidades contemporáneas. Siempre digo que lo del derecho de préstamo habría sido inaudible en los años 60 y 70. Las mentalidades han cambiado. Estemos de acuerdo o no, se tiende hacia más liberalismo, a la remuneración de cada participante en la sociedad y, especialmente, hacia una concepción más privada de una oferta. Por esto es que la cuestión del derecho de préstamo ha podido agrupar rápidamente a editores y a un cierto número de autores que yo creo que hace 25 años habrían ellos mismos pensado que es completamente legítimo que en bibliotecas de servicio público, subvencionadas con fondos públicos, el beneficio que pudieran obtener sería el reconocimiento de sus obras, la conservación de sus textos y su difusión entre un amplio público.

Creo que los bibliotecarios franceses comparten los valores de servicio público. Lo que es verdad es que actualmente la profesión, al igual que todas, y justamente gracias a su desarrollo, evoluciona. Estamos tendiendo hacia modalidades de gestión más rigurosas y en las bibliotecas se comienza a trabajar por objetivos y la evaluación de nuestros servicios progresa.

Esta exigencia de *management* y evaluación, en la Inglaterra de los años 80, tenía un objetivo oculto que era restringir los fondos públicos para los establecimientos culturales. Era la visión de la señora Thatcher. También la de un cierto número de políticos conservadores, incluso en el norte de Europa. Yo no diría que en Francia la óptica actual del llamamiento hacia la asunción del *management*, la gestión, la evaluación, sea una máscara para reducir el gasto público de una manera negativa. Creo que, más bien, se pone en marcha la modernización del servicio público y encuentro que es algo muy bueno. El servicio público no tiene por qué ser considerado peor administrado que el privado. Debemos de seguir teniendo el espíritu del servicio público dado que es el principio de la República: la libertad y la igualdad de la oferta para todos, en todo el territorio, sin distinción de clases sociales, etcétera. Pero al mismo tiempo me parece muy importante que aprendamos también lo que, desde mi punto de vista, faltaba en la profesión bibliotecaria: marcarse objetivos precisos. Si no hablamos, hablamos, hablamos y decimos: “Sí, estamos abiertos a todos”. Pero, concretamente ¿qué porcentaje de público alejado del libro hemos ganado en tres años? Para no contentarnos con nuestro propio discurso es necesario marcarse objetivos y que la organización del trabajo sea más coherente. En este sentido, el *management* bien entendido, la responsabilización del personal, el trabajo por objetivos, la evaluación del servicio, son buena cosa. No hay que aplicarlo de manera salvaje ni que sea pretexto para liquidar el servicio público. Mientras no tenga ese sentido es una ganancia, es también el momento de la madurez.

En las conferencias que estos días ha impartido en México, usted ha señalado que “estamos en la paradoja de la democratización de la lectura”. ¿Podría hablarnos sobre ello?

Sí, me refería a la paradoja de la democratización de las prácticas culturales en general, y, en concreto, de las prácticas de lectura. Al igual que creo que sucede en España, estamos confrontados a dos

posiciones en lo referente a los diagnósticos sobre las relaciones de nuestras poblaciones con la cultura, entendida no como ocio sino como verdadera aspiración cultural. Para algunos todo va bien y para otros todo va mal. Actualmente la mayor parte estima que la era del vacío, de la futilidad, de la mediatización, ha ganado y que con el crecimiento del nivel de vida, a pesar del desempleo y de otras fracturas bien graves, los nuevos medios han matado la cultura y ya no se practica la lectura. Para eso se apoyan en la cuestión del analfabetismo funcional, por ejemplo, diciendo que la población cada vez lee menos. Si se les muestra que eso no es del todo cierto, que las prácticas de lectura, incluso si muestran una tendencia regresiva estos últimos años, son más importantes que a principios de siglo, te responden que la gente lee, pero lee malos libros, best-sellers, de manera cada vez más pasajera, versátil, irreflexiva, sin voluntad de acumulación. En resumen, que toda una relación erudita o profunda con la lectura, que podía ser la del autodidacta o la del humanismo, o la de la gente que había descubierto el acceso a la vida por medio del libro, está en fase de desaparecer. Efectivamente, una de las cuestiones para el sociólogo es la de intentar ver dónde estamos, si en una vía de recesión donde la práctica lectora sería reemplazada por la práctica de otros medios y, sobre todo, no si el texto es reemplazado actualmente por la pantalla, sino también si la calidad de la lectura se reemplaza por lecturas efímeras, superficiales, no capitalizadas. Yo he decidido confrontarme a estas cuestiones y no evitarlas. Me parece que si bien hay que rechazar el discurso apocalíptico por inexacto, las últimas encuestas muestran que hay un reflujo de la lectura, no global, no una caída, pero sí que un cuarto de la población francesa continúa sin leer un libro a lo largo de un año. Desde la postguerra se tenía la impresión de que el núcleo de no lectores disminuía, sin embargo parece que es constante. Claro está, hablamos de la lectura del libro y podríamos plantearnos la cuestión de la lectura de otros soportes. Pero podemos pensar, y yo lo comparto, que la lectura de libros tiene una especificidad y que no podemos decir que

leer libros o leer prensa, o leer en una pantalla, o un cartel en la calle, sea la misma cosa.

Una segunda constatación, un tanto inquietante, de las encuestas realizadas desde el inicio de los años 80 en Francia es el hecho de que las categorías que leen más, como la gente con más estudios, los estudiantes..., siguen siendo las que más leen, pero son menos "grandes lectores" que antes. Claro, la cantidad y la calidad son dos problemas diferentes, pero se observa que la población más próxima al libro está en curso de disminuir sus lecturas.

"Una constatación, un tanto inquietante, de las encuestas realizadas desde el inicio de los años 80 en Francia es el hecho de que las categorías más lectoras siguen siendo las que más leen, pero son menos 'grandes lectores' que antes"

De aquí la situación paradójica en la que estamos. Por un lado el público de las bibliotecas se dobla en 15 años, pasando del 15% al 30%, y, al lado, las prácticas de lectura que se mantienen en una situación estacionaria o incluso con tendencia a la regresión. Estamos en una situación en la que hay que aceptar que existen indicios positivos y negativos.

Lo que hemos intentado, constatando esa relación un tanto mitigada con el libro que mantienen las poblaciones contemporáneas, es responder a las inquietudes sociales : ¿es el comienzo del fin o es lo que yo llamo la paradoja de la democratización, en la que el libro es ofrecido en todos los sitios, omnipresente, disponible en cualquier lugar? En las actuales sociedades europeas no hay obstáculo financiero o material, ni intelectual o espiritual, en el acceso al libro. Además, hay una escolarización obligatoria hasta los 16 años. Es verdad que el status del libro en el curso de los siglos ha evolucionado y que hoy, al igual que otros recursos de la vida humana tales como la vivienda, el acceso al ocio o el aumento del tiempo libre, la relación de la gente con un cierto número de proposiciones que eran raras hasta

comienzos del siglo, que estaban limitadas a una serie de personas, ahora que se ofrecen a todos cambian necesariamente. El libro, que tenía un poder simbólico fuerte, que formaba parte de los bienes que algunos rechazaban y en el que otros ponían todas sus esperanzas, hoy forma parte de la vida cotidiana de las personas. Existen actualmente muy pocos hogares franceses en los que no haya libros. El libro se ha acercado a la gente. Pero en ese acercamiento, como, por otra parte, todo objeto, se ha transformado en algo banal, lo que significa que podemos utilizarlo todos los días. Al mismo tiempo representa una relación completamente desacomplejada con el libro, tal como nos lo demuestran las recientes investigaciones de François de Singly (2) y Christian Baudelot (3) sobre la lectura de jóvenes entre 12 y 25 años. Nos señalan un uso moderado del libro. Las jóvenes generaciones aunque siguen siendo lectoras y más que las categorías de más edad, tienen una relación con el libro que ya no se basa en la reverencia, se utiliza cuando se lo necesita, se lee tal libro porque se puede obtener cierta rentabilidad escolar, para tener éxito en un examen, y se tiene menos lo que Bourdieu denomina el sentimiento de cultura legítima. Así, los jóvenes actualmente señalan sin ningún tipo de problema que les gusta Stephen King, pero que para la escuela tienen que leer a Molière o Victor Hugo. Creo que más que pasar el tiempo gimiendo por un paraíso perdido, que no lo fue más que para las élites, hay que aceptar ese nuevo status del libro y ver cómo nosotros, mediadores culturales, podemos continuar mostrando que el libro puede ser un objeto banal, compartido, pero también con una capacidad incomparable para abrir a las personas al mundo, una posibilidad de enriquecimiento para cada uno de nosotros. Es un desafío al que creo que podemos hacer frente. Tengo la esperanza de que ese poder del libro sea comprendido. Además, no hay un sólo uso del libro. Como bibliotecarios y mediadores culturales tenemos que tener nuestras exigencias, si no haríamos otro oficio, pero al mismo tiempo hay que reconocer que hay diferentes usos del libro. Analicemos lo que nosotros mismo hacemos: hay libros

que simplemente se hojean, a los que damos un uso superficial, utilizamos recetas de cocina... Cada individuo, incluidos los "muy lectores", tiene una multiplicidad de tipo de uso de los textos, según lo que quiera hacer, el humor del momento... Hay que dejar de decir que sólo existe una buena manera de leer.

"Más que pasar el tiempo gimiendo por un paraíso perdido, que no lo fue más que para las élites, hay que aceptar ese nuevo status del libro y ver cómo nosotros podemos continuar mostrando que el libro puede ser un objeto banal pero también un objeto con una capacidad incomparable para abrir a las personas al mundo, una posibilidad de enriquecimiento para cada uno de nosotros"

Volviendo a las conferencias que usted ha impartido estos días, quiero preguntarle sobre una expresión que usted ha utilizado: el terrorismo de la información.

Utilicé esta expresión un poco fuerte, y que me vino de repente, porque todos los periodistas que estos días me han hecho entrevistas se centraban en el tema de "la información". Por un lado, creo que estamos en un momento de emergencia de nuevos valores ideológicos y casi se podría decir que la información ha reemplazado al socialismo. Desde hace diez años, más allá de la importancia efectiva o no de la información en la sociedad, ha habido una especie de construcción de un valor social en torno a la noción de información, como si fuera vital saber al minuto lo que sucede en la otra punta del planeta, que es, en parte, originario del universo mediático y hoy un buen argumento para vender ordenadores y la Internet. Las posibilidades de la sociedad actual para poder estar mejor informados deben de reconocerse, efectivamente, como una riqueza, pero también sabemos lo que eso da pues estar mejor informados no significa forzosamente conocer mejor y comprender las cosas. El número de informaciones que

se recibe no es necesariamente igual a una mejor comprensión de los hechos, y esto todos lo sabemos por la información televisiva. No tengo un discurso reaccionario o retrógrado de rechazo a la información, pero no estoy de acuerdo con que se haga de la información un valor supremo en el universo social y, menos aún, en la relación con lo escrito. Es verdad que hemos tenido esta moda, pues los bibliotecarios adoptamos fácil y rápidamente un cierto número de modas, y existe un discurso sobre lo imperativo de la información, que me parece que debe ser analizado. Todo depende del tipo de biblioteca o servicio de documentación en el que se trabaje. Este valor de la información proviene sobre todo del mundo de la industria y por lo tanto comprendo muy bien a los documentalistas que trabajan en entidades ligadas a la industria, la economía y la investigación. En el centro de documentación de una empresa de petróleo, por ejemplo, se tiene un público muy particular que debe saber con exactitud la evolución de los mercados, y en ese sentido decir que la información es un valor fundamental es exacto. Manuel Castells en *La era de la información* ha mostrado muy bien que para el funcionamiento de la economía actual, dada la competitividad y la rapidez del desarrollo científico y técnico, el recurso a la información es más esencial de lo que podía ser antaño. Todo esto es muy importante, pero lo que yo rechazo es que se asimile el universo de lo escrito a la noción de información. Y todavía rechazo más que se asimilen las bibliotecas a lugares de información. El escrito puede servir a la información y puede servir al ocio, a la educación y a la cultura. Al menos cuatro usos de los textos y de posibilidad de producción y circulación de textos. Por eso rechazo totalmente que se asimilen las bibliotecas públicas como lugares de información, porque son lugares mucho más amplios, donde lo escrito sirve a la información pero también a muchas otras cosas, por ejemplo, a la constitución de los conocimientos y saberes. La información no es conocimiento y saber, sino que va a servir para constituir conocimientos. Para mí, la información viene a ser los trozos de un puzzle y si el

puzzle no está entero no se sabe qué se tiene. Lucharé contra la cultura del fragmento, contra esta especie de dominación de la noción de información que da al escrito o a otros soportes una función, en mi opinión, demasiado limitada. El tema no es saber cuántos muertos ha habido en Sri Lanka, sino construir una comprensión y un conocimiento de cuál es la situación en tal o cual país, o saber las razones por las que en una población se matan unos a otros. Creo que lo de la información es una ideología, en el sentido que se daba a este término en los años setenta, es decir, que tiene el rol de constituir valores, y en parte es una fachada muy útil para cierto número de producciones económicas que quieren así dar una justificación, una legitimidad en término de valores, a lo que ellos ofrecen.

“Lo que yo rechazo es que se asimile el universo de lo escrito a la noción de información. Y todavía rechazo más que se asimilen las bibliotecas a lugares de información, porque son lugares mucho más amplios, donde lo escrito sirve a la información pero también a muchas otras cosas, por ejemplo, a la constitución de los conocimientos y saberes”

Para finalizar me gustaría que nos explicase qué es Médiadix, del que usted es directora, y, también, cuáles son los desafíos en la formación de los bibliotecarios.

Médiadix es un centro regional de formación continua, al igual que otros once existentes en Francia, ligado a la Universidad Paris X. Fueron creados hace diez años. Médiadix es el más grande, pues la región parisina cuenta con unos 9.000 bibliotecarios que trabajan en bibliotecas públicas, universitarias, biblioteca nacional... más todo un montón de gente que trabaja en bibliotecas de asociaciones o incluso centros de documentación. Las razones de la existencia de estos centros de formación continua me parecen claras. De primeras, este tipo de formación se da en todos los campos profesionales. Además,